

B. O.  
Miguel Bujales



Publicidad

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES  
A PRECIOS SEGUN TARIFA.  
TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS  
DEBEN DIRIGIRSE  
AL DIRECTOR GERENTE

Precio de suscripción

Murcia. Un mes. 1 peseta.  
Resto de España, un  
dólar.

Precio de la venta

5 cént. ejemplar y 25 céntimos  
puerto de mar.

# El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año I MURCIA-Martes 11 de Septiembre de 1906 Núm. 10

## DISCURSO LEIDO POR D. JUAN ORTEGA Y RUBIO

en las Juegas Florales celebradas en el Teatro Circo en la noche del 9 de Septiembre 1906

Señoras; Señores.

Al ocupar este puesto de honor... que me precedieron varones tan ilustres como Martínez Espinosa, Hernández del Águila, Pansa, La Cierva, Maestro, García Albr, Echegaray y Cayero; y después de recordar el nombre prestigioso de Javier Fuentes y Ponte, que ayudado eficazmente por los queridísimos murcianos Leonor Guerra de Pagan y Pedro Pagan, introdujeron en Murcia la fiesta de los Juegos Florales, cumpla con el primero de mis deberes en este sitio: el de saludar a los muy dignos Gobernador Civil, Alcalde Presidente y al Municipio que representa a la hermosa ciudad de Murcia; a la Comisión organizadora de estos Juegos Florales y a todas las Corporaciones que aquí tienen representación.

Otro deber, de cumplimiento más grato para mí todavía, con haberlo sido mucho el anterior, he de llenar: el de ofrecer el homenaje de mi respeto y de mi gratitud a las damas que han venido a herosear este acto solemne con los esplendores de la belleza y a dar con su presencia vida y luz y colores a la fiesta del espíritu, a la fiesta del arte y de la poesía.

Y una vez pronunciadas estas palabras en las que, os lo aseguro, más que atenderme a fórmulas consagradas para casos tales, he querido manifestar llana y sinceramente lo que en estos momentos palpita y alienta en lo más hondo de mi espíritu, permitidme que os diga: **yo soy; más claro, que me presente a vosotros.** Presentación que, seguramente no es ociosa, pues muchos de los que me escuchan, casi me atrevo a decir que todos, desconocen mi modestísimo nombre.

Y... sin embargo, soy de los vuestros; me veo aquí lo mismo que si me encontrase entre personas con quienes me uniesen lazos de cariño y de parentesco. Al abandonar a Madrid, vengo a recordar que en mis primeros años era el amor de mis amores el Niño Jesús de Belén, patrono de mi pueblo; luego a recordar el Seminario de San Fulgencio y el Instituto de segunda enseñanza de Murcia; y vengo a recordar la Virgen de la Fuensanta, aquella venerada imagen, ante la cual me arrodillé tantas veces y que nunca he olvidado ni olvidaré jamás.

Vengo a mi tierra de tarde en tarde; pero no soy en ella extranjero, no vivo aquí; pero vivo en una sociedad de murcianos. Aunque se pasan años y años sin ver a Mula y a Murcia, soy murciano y murciano con toda mi alma y con todo mi corazón.

Dos veces me ha llamado Murcia y dos veces he acudido a su llamamiento. Era yo joven todavía y aquel excelente varón, D. Jerónimo Torres, decano de la Catedral y rector de la Universidad libre de Murcia, me pidió que le ayudase en esta empresa, y algo hice, dada mi pequeñez, en favor de aquella institución de enseñanza.

Ahora se me ha favorecido y justamente se me ha honrado manifestando

el deseo, que—¿para qué negarlo?—me halaga, me lisonjea, me enorgullece, de que yo sea el fundador de estos Juegos Florales, y aunque, agobiado por los años, las enfermedades y el trabajo, aunque me considero escaso de inteligencia y de condiciones necesarias para estos certámenes, aquí me tenéis.

Benevolencia no solicito: sé que me la habéis de otorgar, sin que yo la pida, en medida no escasa.

Os agradecerá seguramente que os diga que entre mis libros favoritos se hallan en primer término las «Empresas políticas», la «República literaria» y la «Corona gótica» de Saavedra Fajardo, insigne diplomático y el mejor escritor del reinado de Felipe IV. Al lado de las obras de Saavedra Fajardo merecen colocarse los «Discursos históricos» de Cascales.

Astro de primera magnitud es el escultor Salzillo. Entre sus obras maestras—y todas tienen este carácter—se hallan «La Oración del Huerto», llamada la perla de Salzillo, y «La Dolorosa». En «La Oración del Huerto», Jesús y el Ángel son figuras admirables; el segundo, principalmente. Pero donde brilló en toda su grandeza el genio del escultor murciano fue en «La Dolorosa». Bastará decir que a juicio de los inteligentes, esta hermosísima escultura es superior a «Nuestra Señora de los Dolores», obra de Juan de Jusín, que se adora en la iglesia de las Agustinas de Valladolid. Ambas son de excelente expresión; pero hay más naturalidad en la escultura de Salzillo.

Aun en periodos de decadencia, los ecos de las Musas no se apagan en Murcia. De la exactitud de esta afirmación no dudará quien sepa ó recuerde que en una *Fiesta poética* celebrada en esta ciudad el año de 1727, en honor de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka se presentaron cinco poetas y pocos menos de doscientos poetas.

Hijos son también de Murcia, el escritor Polo de Medina y los pintores Vila y Villaciés. Del mismo modo son dignos de alabanza Jerónimo de la Roda, Consejero de Castilla; el Conde de Floridablanca, político y jurista; Claramonte, autor dramático y cómico; y D. Diego Hernández Clemencín, individuo de la Real Academia Española, autor de varias obras de mérito y ministro de Ultramar (1822) en el gabinete de Martínez de la Rosa. Murcianos eran también Ponce de León (1802), ministro de Marina en '16 de Diciembre de 1838 en el gabinete del duque de Frías; y Manresa (José), ministro de Gracia y Justicia (12 de Octubre de 1849) en el gabinete del conde de Cleonard.

En nuestros días han brillado, con luz propia y fulgurante los ilustres vates Selgas y Arnao; el erudito Hernández Amorós, el primero de nuestros actores y al mismo tiempo excelente poeta, Romea; el elocuente orador sagrado Barrio, el literato conde de Roche y el abogado e historiador Díaz Cassou, coronando esta pléyade de insignes murcianos el gran Balart, gloria de la literatura castellana, y el gran Fernández Caballero, el más inspirado de nuestros músicos contemporáneos.

De los que viven no dire una palabra. Todos son amigos míos; enemigos no tengo, y pudiera parecer apasionado mi juicio.

Y pasando de la historia de las Bellas Artes y de las Letras a la historia de los hechos, nada diré de los orígenes de Murcia, ni de su primitiva fundación, ni de la Virgen de la Arrixaca, ni de otros asuntos de la antigüedad. Acerca del largo periodo en que dominaron los árabes, tan adelantada se hallaba la cultura en Murcia, que en las Bibliotecas musulmanas, allá por el año 1120, existían obras de 71 escritores murcianos. Luego, habiendo entrado a formar parte de los Estados de Castilla, Alfonso X le concedió el título de *mayor real*. En los comienzos de la edad moderna Carlos IV otorgó el título de *mayor noble*. Después tomó partido por Felipe V, cuya causa defendió con valor y con constancia, señalándose posteriormente por su amor a las libertades patrias. Murcia, agradecida a sus bienhechores, recuerda con entusiasmo el nombre de su alcalde Marín Baldo y el de su protector decidido Cánovas del Castillo.

De entre los poetas lemosines el que logró mayor renombre y más justa fama fué el valenciano Ausias March, el *Petrarca lemosin* (que floreció a mediados del siglo XV), cuyas obras han llegado hasta nosotros y que se distinguen por su ternura y sentimiento.

Nobles e interesantes figuras son, cuando de la cultura literaria se trata, el rey Alfonso V de Aragón y el príncipe Carlos de Viana. Aspiraba el primero a ganar el sobrenombre de *Sabio*, que prefería a los de *Conquistador* y *Guerreiro*; y el segundo distinguía con su amistad al citado trovador Ausias March. Uno y otro, no solamente premiaban a los doctos, sino seguían ellos mismos el camino del Gay Saber.

Recuerdos son de aquellas fiestas y de aquellos torneos en que los caballeros ostentaban orgullosos las banderas, las cintas, las flores o las trenzas de los cabellos de sus danzas y bajaban al palenque y aventuraban la vida para obtener sólo una mirada de la señora de sus pensamientos. En un acto como este decía Balaguer que los antiguos poetas provenzales llamaban a la mujer «joya de amor, alegría del alma, espíritu de gracia, flor de gentileza, ángel de la tierra, luz en el cielo, claridad en la sombra, miel del paraíso, regocijo y encanto de la vida.»

Cuando se había olvidado por completo la institución de los Juegos Florales y sólo se ella tenían noticia—como ecos perdidos en la noche de los tiempos—historiadores y poetas, restauraron aquellas fiestas, allá por los años de 1859, en Barcelona.

«Si, yo aseguro, por mi honor como caballero y por mi fe como cristiano que cuando comenzamos el renacimiento catalán, por medio de los Juegos Florales en Barcelona, siete hombres de buena voluntad, no tuvimos otra idea, ni más pensamiento nos alentó, que el de hacer oír la voz de la literatura catalana en el gran concierto de las literaturas clásicas y el de restablecer la pureza del habla castellana sacándola del lodazal en que la sumergieron los escritores callejeros y el abandono de los que no supieron velar por ella.» (1)

Sin embargo de las buenas intenciones de Balaguer y de sus compañeros, al extenderse los Juegos Florales por toda España, estallaron pronto esas explosiones de regionalismo, y aun pudieramos llamar de separatismo, como viene sucediendo desde las famosas Bases de Manresa hasta nuestros días.

Los Juegos Florales son una especie de romanticismo que tiene por principal objeto levantar el espíritu público de una comarca cantando sus glorias pasadas, tanto literarias como artísticas. En los Juegos Florales nació la frase *patria chica* y por la de la *patria grande*, patria grande y patria chica, que, si pronunciadas con candoroso entusiasmo, han sido luego motivo de serios disgustos y de no pocas complicaciones.

Cataluña, que en tiempo de Felipe IV, siguiendo la conducta de Portugal, quiso separarse de España y conquistar su independencia; Cataluña, mejor dicho Barcelona, que después de luchar valerosamente contra Felipe V, cayó en la tarde del funesto día 11 de Septiembre de 1714, habiendo perdido sus antiguas libertades y franquicias.

Con los Juegos Florales alternaron los *meetings* regionalistas y en ellos se mostraba siempre la enemiga a Castilla. Esos *meetings* terminaban con el himno *El*

«Historia de España», t. VIII, p. 537

Segador, como si de este modo se quisiera expresar una declaración de guerra, a todo lo que en España no fuera Cataluña.

Pues bien, nosotros los murcianos no entendemos de regionalismo, ni de patria chica ni grande, ni de himno como *El Segador*. Nosotros los murcianos hacemos de los Juegos Florales fiestas esencialmente españolas, llenas de luz y de perfumes, de alegrías y de entusiasmos, de flores y de bromas, y sobre todo, de mujeres hermosísimas, encantadoras y angelicales. Nosotros los murcianos abrigamos la creencia—tal vez como hemos nacido en esta tierra donde en las huertas y en los campos, en los valles, en las llanuras y en los montes nacen toda clase de flores—de que una flor natural es el mejor y más delicado obsequio para una dama, y de que las rosas, las camelias y los claveles son el más preciado adorno colocado en la escultural cabeza de una hija de Murcia.

En esta tierra bendita, donde el espíritu humano se eleva a los cielos del arte y donde la vida tiende a los gozos purísimos del sentimiento, el encanto es la mujer. La mujer, ya real, ya ideal, tiene un papel muy importante en todas las grandes crisis de la historia.

Alzase Elena entre el Osilite y Grecia, y su inmenso amor a París originó la ruina de Troia y el engrandecimiento de Esparta.

Arrojaron de su cátedra de Alejandría, la insultaron, la arrastraron por las calles y mataron, por último, a Hipatia, acabándose con ella la gloriosa escuela neoplatónica.

El suicidio de Lucecia trajo consigo la caída de la monarquía romana y el advenimiento de la República.

Cayó, atravesado el corazón por el puñal de su honrado padre, la purísima Virginia «hermosa como el sol» y cayó también el dezenvirato.

Acabó su existencia histórica el Egipto cuando se encontró, después del combate de Actisesu, a Cleopatra, muerta en medio de sus cortesanos también expirantes, recostado sobre un lecho de oro la diadema de perlas en la frente y engalanada con sus vestidos reales como para una fiesta.

Después que Alarico había entrado en Roma y había destruido el imperio, como si esto fuese poco, cayeron sobre las ruinas de dicho imperio los hunnos, los feroces hunnos, mandados por Atila, por aquel que decía *yo soy el martillo del Universo* y destruyeron todo lo que encontraron a su paso, saquearon a Trévisis, dejaron a Metz convertido en ruinas, y cuando se preparaban a caer sobre París, una mujer detuvo al bárbaro y se salvó la gran ciudad y se salvó la causa de la civilización por las oraciones y las lágrimas de Santa Genoveva.

Y Eloisa amó a Abelardo con locura, al elocuentísimo Abelardo, al pensador Abelardo y por ella aquel hombre extraordinario fundó o dio vida a una escuela filosófica; Abelardo y Eloisa son la representación del amor y de la filosofía.

Recordad, mis queridas paisanas y paisanos, recordad a aquella joven, natural de Dom-remy (Lorena). Vedla al frente de los soldados con blanca armadura, la espada de Carlos Martel y el estandarte con la flor de lis en su mano; se llamaba Juana de Arco. Luego, cayó prisionera y sus infames jueces la condenaron. Subió al suplicio, envolvieron las llamas su cuerpo y Juana expiró re-

(1) Balaguer, *El regional y los Juegos Florales*, pgs. 273 y 274.

